

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS²⁰

Debo confesar que estas pocas palabras colocadas hacia el final de nuestro Credo, permanecieron para mí durante mucho tiempo carentes de significado: percibía, por supuesto, la solidaridad que me unía a aquellos de mis hermanos y hermanas que, como yo, se esforzaban empeñando sus vidas por el evangelio, en una misma Iglesia, pero era esta una comprobación bastante banal, insignificante, puesto que no revelaba nada de mi experiencia cotidiana.

UNA ÓSMOSIS MISTERIOSA

Quizá haya sido el encuentro con una comunidad de monjas, el que hace algunos años comenzara a abrirme los ojos a una realidad, que, desde entonces, ha adquirido para mí una importancia cada vez mayor.

A medida que iba conociendo a esas mujeres, a quienes mucho admiraba, quedaba impresionado por las confidencias que me hacían: algunas tenían la sensación de haber fracasado: “Si tuviera que volver a empezar, no sé si lo haría...”.

Por otra parte, a pesar de la buena voluntad de todas, no lograban entenderse, y con frecuencia el diálogo era imposible entre ellas; pero lo que recuerdo sobre todo es esta terrible confesión: “Ya no tengo ganas de rezar; Dios me parece tan lejano, tan extraño, tan ineficaz...”.

Durante mucho tiempo me interrogué sobre qué era lo que podía manifestarse como un fracaso total a estas cristianas, que, sin embargo, lo habían dejado todo para consagrarse a ese doble amor de Dios y de sus hermanos. Muchas razones de orden sociológico o psicológico se podían aducir: tal vez incriminar un cuadro de la vida contemplativa anticuado o irreal, poco favorable a una auténtica madurez. Pero me parecía que estas explicaciones eran superficiales y no decían la última palabra sobre lo que, sea como fuere, se convertía en un escándalo incomprensible.

Hasta que un día me pregunté si no habría una misteriosa ósmosis entre la vida de esas religiosas y la de un mundo del que se habrían separado detrás de sus rejas sólo para mejor volver a encontrarse con él, de otra manera, en otro nivel. Sí, a su modo, esas religiosas no escapaban a lo que constituye el triple drama de muchos de nuestros contemporáneos: el fracaso, la guerra, el silencio de Dios; se les pedía que compartieran, que llevaran, también ellas, el pecado del mundo: en definitiva, era esto lo que daba sentido a su fidelidad, a esa su manera de permanecer ante Dios, a pesar de todo, de interceder por un pueblo, no desde el exterior sino *de profundis*, en el corazón mismo de una común miseria, era esto lo que daba sentido a su “Padre *nuestro*” cotidiano. “Perdónanos *nuestras* deudas así como nosotros perdonamos; no *nos* dejes caer en la tentación, mas *libranos del mal*”.

Recordé aquel diálogo tan dramático que trae el Éxodo después del pecado del pueblo: mientras Moisés está en la montaña, los hebreos piden a Aarón -y lo consiguen- aquel becerro de oro que los dispensa de la austera aventura de la fe para aferrarse a la actitud segura de las religiones que los rodean. Entonces Dios propone a Moisés este extraño trato: “Castigaré, exterminaré a tu pueblo, pero a ti te separaré: “Haré de ti una gran nación”. Mas me atrevería a decir que Moisés no consiente. Se niega a desolidarizarse. Piensa que en la aventura de la Pascua y de la Alianza, él y su pueblo son inseparables; considera que no puede salvarse sin su pueblo; identifica su

²⁰ De *La Vie Spirituelle* N° 587, diciembre 1971, p. 413.

destino con el suyo (en efecto, ni él ni su pueblo entrarán en la Tierra prometida): recién entonces puede brotar esa admirable plegaria de intercesión que conmueve el corazón de Dios y lo lleva a desistir de su propósito de castigar.

CRISTO SE HIZO PECADO

Así también Cristo: no se aisló en la montaña para, desde allí, “inclinarse” sobre la miseria de los hombres; vivió entre ellos y se hizo semejante a ellos en todo menos en el pecado. Pero a ese mismo pecado lo tomó sobre sí, se “hizo pecado” y es por eso que puede interceder eficazmente por ese pueblo, con el que a los ojos de Dios está definitivamente identificado.

Recuerdo que en cierta ocasión, en el santuario de la Sainte-Baume, dos muchachos vinieron a decirnos, escandalizados: “Ustedes reciben a cualquiera en el Centro”. *Cualquiera* quería decir: incrédulos, marxistas, jóvenes de pelo largo. No era esa la tradición: “Ustedes se olvidan -nos decían- de que este es un lugar de peregrinaciones a María Magdalena”. Y sí, precisamente, a María Magdalena, y resultaba extraño encontrar en sus labios los mismos reproches del fariseo a Cristo cuando este deja que la pecadora lo toque y le bese los pies. “Si supieras quien es esta mujer”. María Magdalena, la infame -en el sentido etimológico de la palabra- la que ha perdido su reputación, todo su prestigio.

“Recibe a las prostitutas y come con los publicanos”. Esto es precisamente lo que le reprochan aquellos que no han comprendido que la esencia de la nueva religión no es el orden de la pureza sino del amor. Cristo eligió esta solidaridad con los pecadores y por eso murió deshonrado a los ojos de aquellos que se escudaban tras sus principios para dispensarse de la humilde ternura que nos debemos unos a otros, hombres pecadores y perdonados.

NO SE VIVE SÓLO SU PROPIA VIDA

Uno no muere solamente su propia muerte: es esta una de las grandes intuiciones que nos ha dejado el cristiano Bernanos. En el *Diálogo de las Carmelitas*, la Priora, que sin embargo pertenece a una sociedad en la que se ignora el miedo como fenómeno psicopatológico, expira en una horrible agonía porque le ha sido dado tomar sobre sí, por anticipado y en su lugar, la agonía de Blanca de La Force, que a causa de eso, subirá la última valientemente al cadalso cantando el *Veni Creator*.

Pero lo que Bernanos dice de la muerte es cierto de la vida entera. “Uno no vive solamente su propia vida”: este es para mí el sentido profundo de la comunión de los santos. No sólo en el juego de una solidaridad de hecho, de orden sociológico o psicológico, sino, mucho más profundamente, en ese misterioso intercambio que hace estallar la cárcel de nuestro yo para permitirle compartir la aventura de tal o cual de nuestros hermanos, comulgar con el destino del mundo y de la Iglesia. Este es el misterio que se nos ha concedido vivir desde que Cristo quiso tomar sobre sí el conocer la angustia de nuestra condición de pecadores y trasmutarla en su humilde consentimiento de confianza en su Padre.

EN ESTE TIEMPO DE DESENCANTOS

Pienso en tantos militantes lúcidos a quienes acecha hoy la terrible tentación del desaliento, cuando en medio de los éxitos más rotundos rebrota sin tregua el enigma del mal, del sufrimiento, de la violencia, de la muerte... Cristo no fue un héroe, en el sentido de que atravesara por la prueba del sufrimiento y de la muerte sin que estos le hicieran mella: conoció, como nosotros, el agotamiento, la soledad, la agonía. Sufrió con su pueblo y por él, sufrió también por *causa de él*.

De Cristo, en sentido absoluto, se puede decir que no vivió sólo su vida, sino que, en esa misteriosa comunión de un amor sin medida, cargó con nuestras pruebas, nuestras tentaciones y nuestros pecados, y con todo ello se presentó ante Dios en ese último consentimiento de la agonía: “No mi voluntad sino la tuya”; y fue “el Resucitado” y entró en el Reino de la paz y de la luz.

Esta es también la condición del cristiano. Cuando en su obrar y en su mismo ser participa, mucho más profundamente de lo que él mismo se peca, en esa comunión de los que sufren en la fe y en la esperanza de Jesucristo, continúa en su cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de los hombres de cada generación; inicia para ellos la resurrección de la carne y la vida eterna, que ponen fin a nuestro *Credo* después de la afirmación de la comunión de los santos.

En *Hemos compartido el pan y la sal*, del P. de Beaurecueil, he encontrado la ilustración más expresiva de esta extraña alquimia. Este fraile dominico, único sacerdote católico en un Afganistán donde no se puede anunciar la Palabra, de Cristo, se interroga sobre su aparente ineficacia, y encuentra sentido a su oración anónima, en la comunión con ese pueblo con quien comparte el pan y la sal, así como en la oración de intercesión que se fundamenta en esta comunión.

“Así, por la noche, mientras mi pueblo duerme, descalzo y acurrucado en el fondo de mi capillita, me convierto en su intercesor. Como Abrahán, como Jacob, como Moisés, como Jesús... Una ramita de sándalo exhala su perfume, símbolo de todos aquellos que hoy se han consumido en la ruda faena, en el sufrimiento y en el amor... Y estoy allí, abrumado por todas las faltas de mi pueblo, afligido con todos sus pesares, cargado con todas sus esperanzas. A todos cuantos hoy se durmieron pensando en encontrarse con un juez, los presento al Salvador y los introduzco en las nupcias eternas. A todos los niños que nacieron hoy, los hago hijos de Dios, Todas las plegarias que se dijeron hoy en las mezquitas, en las casas, las transformo en “Padrenuestro”. Mi corazón no es sino el crisol donde, al fuego del amor de Cristo, todas nuestras aleaciones se metamorfosean en oro. Y por mis labios, que yo le presto, todo el Afganistán clama hacia el Padre ese *Abba* que le sopla el Espíritu”.

... ¿Y alguien sabrá alguna vez quién fue el que, en lo escondido, cargó hoy junto conmigo delante de Dios con mi prueba y mi pecado?